

CELCIT. Dramática Latinoamericana 381

LADRAN, CHE!

Carlos María Alsina

PERSONAJES: M (2) / F (1)
Don Quijote de la Mancha
Ernesto "Che" Guevara
Ella

PRIMER ACTO:

(El escenario es un gran espacio vacío donde las figuras se recortarán en un fondo oscuro, que todo lo envuelve. En el centro un juego de ajedrez con sus piezas caídas y en desorden. Las luces, al encenderse, describen las figuras del "Che" y de "Don Quijote" que, de pie y situados en lados opuestos del escenario, miran hacia fuera.

Desde la oscuridad circundante entre "Ella". Con precisión ordena las piezas de manera tal que las blancas queden del lado de Don Quijote y las negras del lado del Che. Luego sale.

Don Quijote y el Che se miran. Después, con cierto aire resignado, se aproximan al juego. Se sientan. Luego de un tiempo Don Quijote abre el juego. El Che responde. Juegan. Entra Ella con un mate en la mano, se lo deja al Che y sale.)

CHE: Es tu turno.

DON QUIJOTE: ¡No ha de ser con bravuconadas que ese ejército de bellacos me derrote!

(Don Quijote mueve. El Che "come" la pieza contraria.)

CHE: (Bromeando) ¡Glup...glup...glup...! (Se relame)

DON QUIJOTE: ¡Caramba! En un segundo desapareció en los aires mi valiente soldado. ¡Pero los designios de los encantadores que me persiguen no lograrán derrotarme!

(Se queda inmóvil pensando en la próxima jugada)

CHE: ¡Dale, gallego, jugá, que aquí tenemos todo el tiempo del mundo pero no es cuestión de exagerar!

(De pronto Don Quijote se levanta y con un movimiento brusco extiende su brazo a un costado. Entra Ella con una espada y se la coloca en la mano. Luego sale.)

DON QUIJOTE: ¡Ahora verán cuál es la fuerza de mi brazo y de mi ánimo!

(Mueve la espada en todas direcciones.)

CHE: ¡Pará, pará, che, que ya no sé cuántos juegos vas destrozando!

DON QUIJOTE: ¡Ese Rey de negra capa me desafía! ¡La Reina que lo acompaña es, en verdad, una doncella secuestrada! ¡Aquí hay un caballero para liberarla!
¡Apártate!

(Ante la determinación de Don Quijote, el Che se hace a un costado)

CHE: ¡Está bien, está bien! ¡"Liberala" si querés!

(Don Quijote arremete con la espada y corta la cabeza del Rey negro.)

DON QUIJOTE: ¡Listo!

(Entra Ella con una pieza de reemplazo. El Che la mira. Ella se detiene y sale con la pieza entre las manos.)

DON QUIJOTE: Ahora la doncella volverá a su apariencia verdadera. ¡Verás qué belleza se dibujará ante nosotros!

CHE: Ajá.

DON QUIJOTE: (Coloca a la Reina negra a la vista) ¿Ves? ¿Estás en grado de apreciar la belleza de sus formas?

CHE: (Observándola) Mmmm... parece Dulcinea.

DON QUIJOTE: ¿Qué dices? Dulcinea no es mostrable. Si se mostrara, ¿qué gracia tendría confirmar una belleza tan notoria? La importancia está en que, sin verla, la has de creer, confesar, afirmar, jurar y defender.

CHE: Dije que se parece, no que "es".

DON QUIJOTE: ¡Como Dulcinea no existió, existe, ni existirá jamás dama mejor!

CHE: ¡Vamos gallego! ¡No seas exagerado!

DON QUIJOTE: Ella es mi dueña y yo soy el suyo.

CHE: ¿Y todavía con esa cantinela? Ya hemos discutido demasiado sobre la propiedad en el amor, gallego, sobre la condición de la mujer en...

DON QUIJOTE: Es natural condición de la mujer desdeñar a quien las quiere y amar a quien las aborrece. No lo olvides.

CHE: Ésas son ideas propias de tu siglo. En realidad la igualdad entre los sexos es una conquista que...

DON QUIJOTE: (Lo interrumpe) Hijo: sólo dos linajes hay en el mundo que son: el tener y el no tener. Sólo el amor, como la muerte, todas las cosas iguala.

CHE: Por eso mismo. El hombre nuevo es una construcción cotidiana del amor. De un amor más amplio, el amor hacia toda la humanidad.

DON QUIJOTE: Ese "hombre nuevo" de quien tanto hablas, ya existió en los libros de caballería. Es el Caballero Andante, para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Es el desfacedor de entuertos que...

CHE: ¡Sí, claro!...el "desfacedor" de entuertos que ingenuamente creyó que sólo bastaba con hacer prometer al patrón de no azotar más a su criado para que dieras vuelta la "esquina" y todo volviera a la normalidad: los azotes al muchacho. Te lo recuerdo, gallego, Capítulo IV del primer volumen.

DON QUIJOTE: Y yo te recuerdo que más adelante, cuando me enteré de aquella lealtad, me propuse castigar a ese villano, pero no pude, porque estaba comprometido en otra aventura, y cuando los Caballeros Andantes...

CHE:(Lo interrumpe) ¡En qué otra fantasía estarás comprometido! Pero... está bien, está bien, cambiemos de tema, viejo, que hace años discutimos de lo mismo.

DON QUIJOTE: Desde que llegaste a este lugar no haces otra cosa que contradecirme. Me recuerdas, a veces, a Sancho, que no se convencía en primeras razones de mis razones.

(Entra Ella con una carta. La deja y se va. Don Quijote y el Che se miran. Luego se acercan a la carta y cada uno saca de la misma un papel distinto.)

DON QUIJOTE: Hablando de Sancho...

CHE: ¡Camilo!

DON QUIJOTE: ¡Hijo, Sancho! ¡Tanto tiempo!

CHE: ¡Camilo Cienfuegos! ¿Desde dónde me escribirá?

DON QUIJOTE: (Leyendo su papel) "Querido Señor Caballero Andante Don Quijote de la Mancha, Q.E.P.D. Desde esta ínsula maravillosa, donde trato de gobernar con justicia y equidad..."

CHE: (Leyendo su carta) "Ernesto, luego de algún tiempo de inquietante soledad, alguien, secretamente, me hizo saber dónde estabas..."

DON QUIJOTE: (Continúa leyendo) "...le hago escribir estas líneas porque, como Vuestra Merced entenderá, todavía no he aprendido a leer ni a escribir..." ¡Dios mío! ¡Han pasado siglos y aún no ha aprendido el animal!

CHE: (Sigue leyendo) "...como sabes, un día desaparecí entre las nubes y después de mucho tiempo me enteré de lo que sucedió en Bolivia..."

DON QUIJOTE: (Continúa) "...pero mi entendimiento y, sobre todo, el recuerdo de sus consejos siguen vigentes en mi cabeza. Aquí todo funciona a la perfección..."

(Al leer esta última frase Don Quijote agudiza la vista.)

CHE: (Leyendo) "...pero a pesar de las caídas reconforta saber que finalmente hemos alcanzado la victoria final..."

(También el Che se esfuerza por leer como entrelíneas. Ambos prosiguen leyendo en silencio. Terminan. Se miran. Después, cada uno, con la preocupación de no ser vistos desde afuera, utiliza distintos métodos para leer un supuesto contenido secreto de los mensajes. Don Quijote descifra mirando a contraluz. El Che raspa el papel. Ambos leen con la preocupación de no ser descubiertos. Luego se miran intensamente y con cierta complicidad.)

CHE: ¿Todo bien?

DON QUIJOTE: Sí, siguiendo mis consejos, Sancho está gobernando la Ínsula en paz y justicia. Todo está bien. ¿Y tu amigo, qué dice?

CHE: Las cosas marchan como tiene que marchar.

DON QUIJOTE: ¡Qué bueno es saber que el mundo ha revivido los felices tiempos donde los Caballeros Andantes tomamos las armas en defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. La Edad de Oro donde los hombres ignoran las palabras "tuyo" y "mío".

CHE: Sí. Parece que ya comienza a desaparecer la angustia del hombre enajenado. Ahora se avanza hacia el nuevo horizonte que se vislumbra.

(Silencio. Han dicho estas palabras sin verdad, como para que alguien las escuche. El Che busca algo en sus bolsillos. Entra Ella trayendo un habano y fósforos. Se los entrega y se va. El Che enciende el habano y, pensativo, fuma. Don Quijote lo observa. Luego dice:)

DON QUIJOTE: ¿Qué pasa?

CHE: Nada, nada.

DON QUIJOTE: Mmmm... recuerdo que Sancho, en mi lecho de muerte, me dijo que la mayor locura que puede cometer un hombre en esta vida, es dejarse morir por la melancolía.

CHE: ¡"En esta vida..."! ¡"Dejarse morir!". Hay palabras que aquí ya no tienen sentido, gallego.

(Silencio)

DON QUIJOTE: ¿No percibes algo extraño en el aire, hijo?

CHE: No hay viento. Nada se mueve. No sucede nada, ¿no?

(Entra Ella, los mira y vuelve a salir. Inmediatamente se escucha el ruido de aviones y helicópteros. Vuelve Ella trayendo una caja de municiones, una mochila que hace de botiquín de primeros auxilios, una ametralladora y la lanza y el escudo de Don Quijote. Deja todo y se va. Se escuchan disparos. El Che y Don Quijote tratan de cubrirse. Corren. El Che dispara su ametralladora hacia lo alto. Don Quijote revolea la espada.)

DON QUIJOTE: ¡Faquines, belitres, cobardes!

(El Che, en la confusión, no sabe si tomar la mochila-botiquín o la caja de municiones. Opta por esta última. Corre con ella. Un disparo lo golpea. Cae. Don Quijote, que trataba, absurdamente, de cubrirse de los disparos atrás de la lanza, reacciona y lo ayuda. Lo alza y lo coloca en un lugar "seguro". El ruido de los disparos como así también los aviones y los helicópteros se van alejando.)

DON QUIJOTE: ¿Cómo estás, hijo?

CHE: Gasté una vida más. Me quedan cinco todavía. El disparo dio en la caja de municiones, por suerte, y no en mi pecho.

DON QUIJOTE: ¡Escucha, escucha! Esos truhanes todavía nos buscan.

(Don Quijote hace referencia al peligro que ya no viene más desde arriba, sino de los alrededores. El Che presta atención.)

CHE: Los ruidos vienen de allá, del cañaveral. ¡Rápido, hay que incendiarlo!

DON QUIJOTE: ¿Incendiarlo?

CHE: Sí. Para que no podamos pasar y podamos escapar.

DON QUIJOTE: Pues... pues yo no estoy acostumbrado a ofrecer la espalda a mis enemigos, no importa cuántos ellos sean.

CHE: ¡Haceme caso, gallego testarudo! ¡Necesitamos combustible para incendiar el cañaveral!

(Entra Ella con un bidón de combustible. Lo deja y sale.)

DON QUIJOTE: No optes por esa solución, hijo, que no se compadece con las reglas de la Caballería Andante.

CHE: Ya es tarde, gallego. Ahí aparecen.

(Don Quijote se da vuelta, dispuesto a luchar, empuñando su espada.)

DON QUIJOTE: ¿Dónde?

CHE: ¡Allí, allí!

DON QUIJOTE: (Mirando hacia afuera) ¡Ah, claro! ¡Ahora lo veo! ¡Es un descomunal gigante!

(De ese lado entre Ella con cueros de vino y los coloca de manera tal que Don Quijote pueda atravesarlos. Don Quijote perfora los cueros de los cuales se derrama vino.)

DON QUIJOTE: ¡Tente, malandrín, ladrón, follón! ¡Aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra!

CHE: ¡Pará, pará, gallego, que no va a quedar nada de vino!

DON QUIJOTE: No son cueros de vino lo que ves, hijo, sino un atrevido gigante que ha poco nos ha atacado. ¡Aquí está como trofeo su cabeza! (Le muestra un cuero de vino vacío) Su sangre, agora, forma lagos a nuestros pies.

CHE: ¡Carajo con el gallego! (El Che prueba con un dedo el vino derramado) ¡Y era excelente el tinto!

(Entra Ella con una botella de vino y dos copas.)

DON QUIJOTE: Allí tienes lo que buscabas pero, cuidado, que vino en demasía ni guarda secretos ni cumple palabra.

(Ella sale.)

CHE: ¡Vení, sentate, cabezón y nos tomamos un buen vino juntos!

(Ambos se sientan.)

CHE: ¡Salud, che! ¡Por los recuerdos!

DON QUIJOTE: ¡Salud! ¡Por la Caballería Andante!

CHE: ¡Por la revolución!

(Ambos chocan sus copas y beben.)

DON QUIJOTE: Los grandes fines son hacer el bien a todos y mal a ninguno, hijo. ¡Salud!

CHE: ¡Salud! Aunque eso no suele ser tan fácil, gallego.

DON QUIJOTE: ¿Por qué?

CHE: Siempre alguien termina perdiendo. La cuestión es que sean siempre los mismos. ¿No te parece?

(Entra Ella con una lapicera. Entrega esto al Che y sale. El Che comienza a escribir.)

DON QUIJOTE: ¿Qué escribes, hombre? Todos los días te veo llenar ese cuaderno.

CHE: Sigo con mi diario. Es una vieja costumbre.

DON QUIJOTE: Pareces Cervantes que, con la única mano que le quedó de la guerra, llenó miles de páginas. Aunque, en verdad, debo decirte que a mí me gustó más como combatiente que como escritor, pues has de saber que no tolero a quienes dicen que las letras hacen ventajas a las armas. Como si los trabajos del espíritu pudiesen exceder a los del cuerpo.

CHE: En eso podríamos estar de acuerdo.

DON QUIJOTE: ¡Al fin!

CHE: Por sobre todo yo fui un combatiente. Sé lo que significa estar en un campo de batalla: el rumor de los disparos, el olor de las armas, la excitación de la lucha...

DON QUIJOTE: Y digo aún más, pues para la batalla es menester también el entendimiento ya que es necesario conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estrategias, las dificultades, el prevenir los daños que se temen...

CHE: Así es, gallego. Así es.

DON QUIJOTE: Tanto es así que no es de dudar que las armas tienen un fin más elevado que las letras.

CHE: A ver, ¿por qué?

DON QUIJOTE: Porque el fin último de las armas es la paz.

CHE: A veces sí, a veces no.

DON QUIJOTE: La paz es el mayor bien que los hombres pueden desear en la vida y sólo se puede alcanzar la paz con las armas.

CHE: A veces, a veces, pero la verdad es que, lamentablemente, casi siempre es así. Algunos empuñamos las armas para eso.

DON QUIJOTE: Pero no recibe la misma paga el que lucha que el que escribe.

¿Quién sufre si no, más, un soldado o un estudiante?

CHE: Un soldado, gallego, un soldado.

(El Che ha escrito algo en su diario que hace leer al Quijote siempre cuidándose de no ser visto. Luego que Don Quijote ha leído, el Che rompe la hoja en pedazos y la esconde. Luego se alza y va hacia la mochila- botiquín. Busca en su interior pero no saca nada. Vuelve hacia Don Quijote con dificultades para respirar.)

DON QUIJOTE: ¿Qué pasa, hijo?

CHE: Asma. Un ataque de asma. Nunca me va a dejar.

DON QUIJOTE: Pues yo conozco un bálsamo salutífero que...

CHE: No, no, dejá el bálsamo que ahora hay otros remedios.

DON QUIJOTE: Ya verás que...

(La entrada de Ella con una inyección, silencia a Don Quijote. El Che parado, se baja el pantalón para permitir la colocación de la misma.)

DON QUIJOTE: ¿De qué modo te comportas, hombre?

CHE: Como puedo, "hombre".

(Ella le da al Che la caja con ampollas para que las tenga mientras le pone la inyección en la nalga. El Che, rápidamente, sin ser visto, extrae algunas ampollas y las esconde en el bolsillo de su chaqueta. Don Quijote, curioso, observa la colocación de la inyección.)

DON QUIJOTE: Es como una espada... pequeñita... que te meten en el culo. ¿Y no te duele, hombre?

(Ella recibe de vuelta la caja de ampollas y sale.)

CHE: ¿A vos te dolían los golpes recibidos en tus aventuras?

DON QUIJOTE: Pues...a veces, claro.

CHE: Me parece que esto duele menos. Y más aún si ya estás acostumbrado.

(El Che se recuesta para descansar.)

DON QUIJOTE: Los golpes valen la pena si el fin que los provoca es todavía mayor. Yo he recibido muchos golpes pero los más terribles no fueron en el cuerpo, sino en el alma.

CHE: Y de esos es difícil defenderse, gallego.

(Don Quijote queda pensativo.)

CHE: ¿Qué pasa?

DON QUIJOTE: Nada. Y eso es lo que peor que puede pasar.

CHE: ¿Estás triste?

DON QUIJOTE: Pienso en ella.

CHE: ¡Vamos, che! Ella siempre te acompaña. Está permanentemente en tu imaginación.

DON QUIJOTE: Me acompaña en la tristeza. Mi derrota no es el resultado de una espada sino el no poder verla como realmente es.

CHE: Habría que preguntarse qué sucedería si lo lograras.

(Silencio.)

DON QUIJOTE: ¿Estás mejor?

CHE: Sí. Es cuestión de esperar un poco y el aire vuelve a correr por los pulmones como si uno aspirase la brisa del mar.

DON QUIJOTE: (Pensando) El mar... el mar. (Mira hacia el horizonte) ¿Te gusta la brisa del mar?

CHE: Claro. Para mí el mar fue siempre un amigo, un confidente.

DON QUIJOTE: ¿Un confidente?

CHE: Sí. Siempre supo escuchar lo que yo le contaba sin revelar jamás el secreto. Y, además, siempre me dio los mejores consejos.

DON QUIJOTE: Yo he conocido el mar en Barcelona, un amanecer sangrante. Era espacioso y largo, mucho más grande que las lagunas de Ruidera, en La Mancha. Aquel día unas galeras disparaban contra las murallas de la ciudad. La artillería rompía los vientos, pero el mar estaba alegre, como ajeno a lo que sucedía. No podía imaginar cómo podían ser tan grandes esos bultos que por él se movían. Y entonces pensé, amigo, que el hombre puede hacer pactos con el mar.

CHE: Es cierto. Puede. ¿Sabés?, una vez el mar me defendió.

DON QUIJOTE: ¿Cómo es eso?

CHE: Yo era muy joven. Estaba a punto de comenzar un largo viaje de aventuras por toda Sudamérica. Tenía una novia, alguien a quien quería mucho que, claro... demoraba mi partida en una playa argentina. Yo estaba recostado en su regazo, en la arena, frente al mar. Todo el universo fluctuaba a mi alrededor, todo lo que me rodeaba me acunaba. De pronto un soplo más fuerte me trajo, nítida, la voz del amor. Levanté la cabeza pero no había nada extraño. Apoyé de nuevo mis sueños en su muslo cálido cuando volví a sentir la advertencia del mar. Su desmesurada arritmia martillaba mi conciencia. Sentimos frío y nos alejamos de la orilla escapando de esa presencia que, con indignación, me reclamaba

lademora. Vos sabés bien, gallego, que es difícil para un hombre enamorado, escuchar ese tipo de reclamos. Pero yo los escuché y me fui. Y creí que me iba victorioso. Después he dudado si un pedazo de madera tiene derecho a decir: "he vencido", cuando la resaca lo arroja sobre la misma playa a la que él quería llegar. Pero eso fue después y el después no interesa al presente.

DON QUIJOTE: (Llenándose los pulmones de aire) ¿Hueles ese aire inmenso? ¿Ese soplar de siglos? ¿Ese rumor inquieto? ¿Escuchas lo que dice?

CHE: Cada uno lo escucha y lo interpreta como quiere. Para algunos el mar no tiene olas, sino esperanzas.

(Los dos se quedan en silencio. Miran hacia fuera, hacia el lugar desde donde puede entrar Ella. Luego el Che dice:)

CHE: Che, ¿sentiste hablar de la isla de Pascua?

DON QUIJOTE: ¿La isla de Pascua... la isla de Pascua? ¿A qué reino encantado pertenece?

CHE: Está frente a Chile. En el Océano Pacífico.

DON QUIJOTE: ¿Chile, Chile? ¡Ah! En las Indias Occidentales, claro.

CHE: Sí. En América Latina. ¡Cuánto he deseado conocer esa isla y nunca he podido! Con mi compañero de viaje mirábamos el Pacífico desde Valparaíso y nuestras fantasías se perdían a lo lejos, buscándola.

DON QUIJOTE: ¿Y qué tiene de particular esa famosa isla?

CHE: ¡Tantas cosas! Aparte del leprosario, que no sé si aún existe, dicen que, en aquel lugar maravilloso, el clima es ideal, la comida ideal, las mujeres ideales, el trabajo ideal...

DON QUIJOTE: Pues... pues ahora que me la nombras me parece que es allí, en esa isla, donde Dulcinea pasea su verdadera hermosura.

CHE: Dicen que los secretos que esconde son imponentes y que el viento convierte en lluvia las olas.

(Ambos miran el horizonte.)

DON QUIJOTE: Porque has de saber que su hermosura es sobrehumana, pues en ella se hacen verdaderos todos los imposibles atributos de la belleza...

CHE: En sus montañas duerme el relámpago y las rocas se incendian en las noches de tormenta...

DON QUIJOTE: ...sus cabellos son de oro, su frente Campos Elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus labios corales...

CHE: Los pescadores saben hablar con los peces y aprenden las canciones de las profundidades...

DON QUIJOTE: ...alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos...

CHE: ...ellos llegaron de lugares desconocidos trayendo la sabiduría de no combatir el fatalismo de sus destinos: viajar...viajar...

(Ambos se miran.)

DON QUIJOTE: ¡Hombre, escucha! Un hombre no es más que otro si no hace más que otro. ¡Vamos!

CHE: ¡Al carajo con todo esto! ¡Vamos!

(Los dos miran hacia fuera. Inmediatamente entra Ella con un mapa y lo deja. Se va. Los dos se acercan al mapa y comienzan a observarlo.)

CHE: Gallego, te propongo una cosa: veamos por dónde ir, pero tratemos de que el único dogma en este viaje sea la improvisación.

DON QUIJOTE: Mientras esa improvisación de la que me hablas no contradiga las leyes de la Caballería, de las cuales no puedo apartarme, puedes contar conmigo.

(Don Quijote y el Che se vuelven sobre el mapa. Cada uno hablará desde su propia realidad.)

CHE: Por aquí es más apropiado, me parece.

DON QUIJOTE: (Señalando el mapa) Estos campos de La Mancha saludarán mis pasos nuevamente.

CHE: Aquí la selva es más impenetrable...

DON QUIJOTE: La Sierra Morena es ésta y los Campos de Montiel, aquellos.

CHE: Aquí hay un río que hace de frontera. Cruzándolo nos pondríamos a salvo de un eventual peligro.

DON QUIJOTE: Si no, basta descender a la Cueva de Montesinos donde existe la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún ser humano ha visto ni pasado.

CHE: Hay que viajar con lo indispensable. Un equipo...

DON QUIJOTE: ¡Pues, las armas!

(Ambos se levantan excitados por los preparativos. Don Quijote comienza a aprontar su lanza, su escudo y su yelmo. El Che prepara la mochila-botiquín.)

CHE: ¡Son necesarias algunas bolsas de tela impermeable!

DON QUIJOTE: ¡Alto! Que no hay razón para que Caballero tan famoso inicie este viaje de aventuras caminando. Y más aún si debe llegar tan lejos. (Silba y luego grita.) ¡Rocinante!

(Entra Ella con una moto.)

CHE: ¡La Poderosa II, la moto de mis viajes por Sudamérica!

(Ella la deja parada, sonrío y luego sale. Los dos se miran y vuelven a la actividad de cargar lo que van a llevar en el viaje.)

DON QUIJOTE: ¡La celada de encaje! (La revisa.)

CHE: La boina...

DON QUIJOTE: ...el yelmo de oro de Mambrino...

CHE: ...la "tartamuda" y el mate.
DON QUIJOTE: ¡Vamos, hijo, vamos!

(Los dos corren hacia la moto-caballo. El Che toma el bidón de nafta que Ella había entrado en una escena anterior y carga el tanque.)

DON QUIJOTE: ¡Qué beba abundancia ya que la jornada será larga!

(Excitados y a los gritos, como dos muchachos, suben a la moto. El Che adelante. Don Quijote atrás. El Che "patea" la moto pero nada sucede. No arranca. Don Quijote azuza a Rocinante pero "éste" no reacciona.)

CHE: ¡Vamos, carajo, arrancá!
DON QUIJOTE: ¡Muévete, camina, Rocinante!

(Insisten "in crescendo" pero nada se modifica. Entra Ella. Se detiene y los mira. Ellos detienen sus acciones y la miran. Momento de intenso silencio. Ella, segura, sonríe y se va.)

CHE: No hay caso, gallego, la batalla continúa.

Apagón - Fin del Primer Acto.

SEGUNDO ACTO.

(En el escenario se ve la moto sobre la cual está trabajando el Che para repararla. Hay algunas piezas de la misma sueltas y esparcidas. Don Quijote levanta una, observa otra.)

DON QUIJOTE: ¡Pobre Rocinante!
CHE: Está un poco dividido, nada más.
DON QUIJOTE: Menos mal que conozco el secreto del bálsamo de Barrabás. Ese bálsamo tiene la propiedad de unir las partes separadas de un cuerpo herido, dejarlas sin dolor y curarlas para siempre.

(El Che continúa trabajando.)

CHE: Habría que difundir ese remedio, gallego.
DON QUIJOTE: Sólo basta un poco de aceite, vino, sal y romero.

(Entra Ella con los ingredientes y un recipiente. Los deja y cuando va a salir el gesto del Che la detiene.)

CHE: Es necesaria una llave francesa.
(Ella escucha y sale. El Che espera pero Ella no vuelve.)

DON QUIJOTE: No te preocupes, hijo, que esto es infalible. No quedan ni siquiera cicatrices.

(Don Quijote comienza a preparar el bálsamo.)

CHE: (Trabajando sobre la moto.) Tiene que funcionar.

DON QUIJOTE: (Refiriéndose al bálsamo) Claro que funcionará, hombre. Ya llevamos demasiado tiempo aquí, de lo que se deduce que como no es posible que el mal ni el bien sean durables, habiendo durado mucho el mal, el bien ya está cerca.

CHE: Esperemos. A juzgar por las noticias que nos llegan es cuestión de apurarse.

DON QUIJOTE: En la tardanza está el peligro y en este apuro tenemos que pensar que vale más buena esperanza que ruin posesión.

(El Che detiene su acción.)

CHE: ¿Cómo?

DON QUIJOTE: He dicho que vale más buena esperanza que ruin posesión.

(El Che reflexiona.)

CHE: "Más vale buena esperanza que ruin posesión". Ajá, parece que llueven refranes hoy.

DON QUIJOTE: Pues claro. Y hablando de esperanzas debes pensar, hijo, que vale más una esperanza que miles de recuerdos.

CHE: ¡En ésta tenés razón! Aquí estamos presos de lo que fuimos.

DON QUIJOTE: (Se acerca confidencialmente al Che.) Amigo, estamos encantados. Ésta no es otra cosa que una cárcel. De oro, pero cárcel al fin.

(El Che no detiene su acción de reparar la moto. Todo este diálogo se monta sobre la acción.)

CHE: Por eso tenemos que escapar de aquí.

DON QUIJOTE: El cautiverio es el mayor mal que puede existir. Yo sostengo que al don de la libertad no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra y el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

CHE: Pero es necesario soñar la libertad, gallego. Y para eso se necesita también coraje.

DON QUIJOTE: En cuanto al coraje no hay encantos que valgan contra la verdadera valentía. Podrán los encantos quitarme la ventura pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.

CHE: Bueno, ahora es cuestión de unir aquí. Pasame el alambre, por favor.

DON QUIJOTE: ¿Qué cosa?

CHE: El alambre. Ahí, adentro de aquella bolsa.

DON QUIJOTE: (Busca y saca el alambre.) ¿Y esto para qué sirve?

CHE: "En cualquier lugar en que un pedazo de alambre pueda substituir a un tornillo, yo lo prefiero, es más seguro."

DON QUIJOTE: ¿A tí también se te ha dado por los refranes? ¿Y ese, a quién pertenece?

CHE: Lo decía un compañero de viaje cuando recorríamos Latinoamérica en moto

DON QUIJOTE: Pues no hay necesidad de alambres para recuperar a Rocinante. El bálsamo de Fierabrás lo curará.

(El Che detiene su actividad.)

CHE: Gallego, cuidado.

DON QUIJOTE: ¿Qué dices?

CHE: Cuidado. Nos quieren dividir.

DON QUIJOTE: ¿A qué te estás refiriendo? ¡Habla claro y trata de desanudar tus razones!

CHE: Pensá un poco. Te traje a vos lo que querías. A mí no.

DON QUIJOTE: Es que todas las cosas de los Caballeros Andantes parecen quimeras, necedades y desatinos. Ya verás cuando el bálsamo esté pronto...

CHE: (Lo interrumpe) Viejo, son inteligentes. Saben de qué manera pueden dividirnos. Vení, ayudame que yo solo no puedo con esto.

DON QUIJOTE: Pues... pues, a mí se me puede arruinar el bálsamo que es la verdadera cura para Rocinante. No pierdas más tiempo con esos alambres, hijo, que la magia no admite competencias.

(Don Quijote vuelve a mezclar los elementos del bálsamo.)

CHE: ¡Dale, che, vení por favor que necesito tu ayuda!

(Don Quijote continúa convencido con su hacer. El Che, no puede solo y luego de un momento, se acerca a Don Quijote con el objeto de evitar la división.)

CHE: ¿Y ahora? ¿Qué tenés que agregar?

DON QUIJOTE: Un poco más de aceite.

(El Che le pasa el aceite.)

DON QUIJOTE: Ahora viene el vino.

CHE: De éste ponele menos.

DON QUIJOTE: El vino es fundamental para la fusión. Y agora la sal y el romero.

(Don Quijote, con gestos ampulosos, mezcla todo. Después, solemne, se levanta.)

DON QUIJOTE: ¡De pié!

(También el Che se levanta. Don Quijote comienza a rezar.)

DON QUIJOTE: Tú debes ayudarme con los Avemarías y los Credos, que yo soy especialista en los Padrenuestros y los Salves.

CHE: Pero yo soy a...

DON QUIJOTE: ¡Comienza, que todo tiene su tiempo en estos preparados!

CHE: Es que no me acuerdo.

DON QUIJOTE: ¡Inventa, entonces!

(El Che, un poco a regañadientes, debe rezar. No sabe, se equivoca.)

DON QUIJOTE: ¡Más alto, que no se siente!

CHE: ¡Estoy ronco, carajo!

(Don Quijote lo corrige y continúa. Mientras reza acompaña la plegaria haciendo repetidas veces la señal de la cruz. Imprevistamente se detiene.)

DON QUIJOTE: Bueno, está todo listo.

CHE: Era hora.

DON QUIJOTE: Ahora sólo es cuestión de juntar los miembros de Rocinante. Por favor, alcánzame la para derecha trasera.

CHE: La para derecha trasera.

(El Che toma una de las piezas de la moto y se la alcanza.)

DON QUIJOTE: Bien. Ahora alcánzame el corvejón.

CHE: ¿Qué?

DON QUIJOTE: El corvejón. ¿Estás sordo? Está en la articulación.

(El Che, ahora, toma dos piezas y se las ofrece a Don Quijote. Éste las observa y toma una de ellas.)

DON QUIJOTE: Cor-ve-jón, hijo. Aprende. Ahora sujétalas de manera que no se separen.

(El Che une las piezas y las aprieta. Don Quijote introduce la mano en el recipiente y, rezando y haciendo pases mágicos, coloca el ungüento en las partes donde las partes se tocan.)

DON QUIJOTE: Suficiente. Rocinante tiene la pata trasera unida. Prueba y verás.

(El Che separa sin dificultad las dos piezas.)

DON QUIJOTE: ¿Ves? ¡Como nuevo!

CHE: Pero... ¡pará, pará, che! Vos dijiste la pata trasera (muestra la pieza) y el covejón. (Muestra la otra.)

DON QUIJOTE: (Lo corrige.) Cor-ve-jón.

CHE: ¡Bueno, corvejón! Aquí están bien separados: la "pata" por un lado y el "corvejón" por el otro.

DON QUIJOTE: ¡No es posible!

CHE: ¡Es posible porque...! (Se da cuenta que su lógica es diferente y que debe utilizar la lógica de Don Quijote) ¡Ah, claro!

DON QUIJOTE: ¡Por fin has entendido, por fin!

CHE: ¡No, no! Ahora entiendo porqué las partes no se juntaron y es a causa de la envidia que te tienen los Encantadores que te persiguen. Ellos lograron neutralizar el bálsamo. (Ahora el Che coloca ambas piezas en lugares muy distantes.) ¿Ves? ¡La pata por un lado y el cor-ve-jón por el otro!

(Don Quijote debe rendirse ante la evidencia.)

DON QUIJOTE: ¡Malditos, faquines, cobardes, belitres!

CHE: ¡Calmate, calmate, che! Mediante la magia no podremos porque ellos son Encantadores poderosos. Ahora, ayudame, que quizás yo pueda hacer algo.

DON QUIJOTE: ¿Y tú, conoces de caballos?

CHE: Algo. Soy médico.

DON QUIJOTE: ¿Médico?

CHE: Sí. Diplomado. ¿No parezco?

DON QUIJOTE: ¿Diplomado?

CHE: Por supuesto.

DON QUIJOTE: ¿En Salamanca?

CHE: No. En Buenos Aires. Dale, vení, ayudame, así como yo te ayudé a vos.

DON QUIJOTE: Pero tú eres médico de personas, no de caballos.

CHE: En el fondo no hay muchas diferencias. ¡Vamos! ¡dejá de hablar y ayudame! Hay que poner esto aquí.

DON QUIJOTE: Pero... pero... esto no parece de un ser vivo. ¿Qué es?

CHE: Un poco de fantasía, che. Es el corazón.

DON QUIJOTE: ¿El corazón de Rocinante negro y rústico? No puede ser.

(El Che le acerca la pieza a los oídos.)

CHE: Escuchá. (Don Quijote coloca la oreja en la pieza.) ¿Ves? Palpita... blum... blum... palpita.

DON QUIJOTE: ¿Palpita separado del cuerpo? ¿Todavía late?

CHE: Por supuesto. El corazón de un caballo tan famoso palpitará siempre.

DON QUIJOTE: Entonces, por analogía, si el corazón de Rocinante siempre latirá, el mío no será menos, y cuando me lo saquen, él gritará el nombre de mi amada a las cuatro direcciones del viento.

CHE: ¡Dul-ci-nea, blum blum, Dul-ci-nea blum blum, Dul-ci-nea blum blum!

DON QUIJOTE: Y entonces alguien conmovido dirá: "Ese cuerpo que con piadosos ojos estáis mirando fue depositario de un alma a quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas."

CHE: No seas tan humilde, gallego.

DON QUIJOTE: La humildad es una condición del alma y el alma sólo es visible a través de los actos de los hombres. Por eso las nuevas generaciones reconocerán, tanto mis hazañas en los campos de batalla, cuanto la perseverancia de mi amor.

CHE: No siempre es así, compadre. El honor de los muertos suelen decidirlo encumbrados estudiosos que no siempre son imparciales y que salvan o condenan según sus circunstancias.

DON QUIJOTE: Una vida heroica será siempre admirada por la posteridad.

CHE: No es tan difícil convertir a los héroes en traidores y viceversa. Los muertos ya no pelean, gallego. Bueno, dale, sostené esto así yo aprieto.

(Don Quijote lo hace. El Che, luego da unos golpes para asegurar lo que está reparando.)

DON QUIJOTE: Pues... ¿Así tratan los médicos a sus enfermos?

CHE: No exactamente. Todavía peor. Yo tengo manos de lana. Ahora veremos qué sucede. (Prueba.) La bujía funciona.

DON QUIJOTE: ¿Y dónde está localizado ese órgano que llamas bujía?

CHE: En la cabeza, gallego, hace chispas.

DON QUIJOTE: ¿Chispas en la cabeza? Es extraño eso. Nunca oí cosa similar.

CHE: Ni creo que vuelvas a oírla.

(El Che continúa, sin interrumpir, su trabajo.)

DON QUIJOTE: Pues... si como tú dices los caballos y los hombres no son decididamente diferentes, se sigue que si los caballos poseen "bujías" en la cabeza, los hombres también hemos de tenerlas.

CHE: No siempre, no siempre. Hay hombres con bujías y otros sin bujías.

DON QUIJOTE: ¿Cómo es eso, hombre, que no lo entiendo?

CHE: Veamos... ¿cómo te explico?... Hay algunos que saben encender la vida. Otros la apagan. La bujía provoca esa chispa que la enciende.

DON QUIJOTE: Ah... entiendo. "Para dar y tener, seso es menester".

(El Che se detiene y piensa.)

CHE: "Para dar y tener, seso es menester..." ¡Carajo, me jodió el gallego!

DON QUIJOTE: ¿Rocinante ya está recuperado?

CHE: Todavía falta un poco. (El Che comienza a tener problemas para respirar.) Hay que ajustar bien acá. Con fuerza. Después colocar la tapa y...

DON QUIJOTE: ¿Qué tienes, hijo?

CHE: Ganas de respirar mejor, nada más.

(Don Quijote mira hacia fuera esperando que entre Ella.)

DON QUIJOTE: ¿Necesitas de esa espada pequeñita que... ? (Hace señas de la colocación de la inyección.)

CHE: Sí. Pero me parece que ahora no va haber "espada pequeñita".

(El Che saca una ampolla que había guardado en su casaca y se la bebe. Trata de continuar con la reparación pero el ataque de asma es más fuerte y le cuesta mucho hacerlo.)

CHE: ¡Carajo, no me va a vencer!

DON QUIJOTE: Descansa un poco. Deja caer la compuerta de los ojos, como decía Sancho, y reposa.

CHE: No, no. Otras veces pude superar estos ataques y en momentos todavía peores, rodeado de enemigos que me buscaban.

DON QUIJOTE: ¿Quién te quita el aire, hijo?

CHE: (Con dificultad, sonríe.) No sé. Algún encantador envidioso. Ayúdame con esto.

(Don Quijote lo hace.)

DON QUIJOTE: ¿Y cuándo comenzó el encantamiento?

CHE: No sé. Ni me acuerdo. Desde siempre, creo. Por eso me parece que hasta la quiero.

DON QUIJOTE: ¿A quién?

CHE: Al asma. Fue mi compañera inseparable. No sería yo sin ella. ¡Dale, presioná ahí, por favor, que ya casi terminamos!

DON QUIJOTE: Si encuentro a ese maldito bellaco que te quita el aire, lo atravesaré de lado a lado con mi espada.

CHE: Dale saludos de mi parte.

DON QUIJOTE: ¿Saludos? ¿Por qué? Si es tu enemigo.

CHE: Puede ser, pero algo le debo. El cansancio de mis pulmones me enseñó a templar mi voluntad con la paciencia de un artista. Bueno, creo que ya terminamos.

DON QUIJOTE: ¡Rocinante galopará de nuevo para revivir los felices tiempos donde los Caballeros Andantes tomaron sus armas en defensa de los reinos, el amparo de las doncellas...

(El Che, a pesar de su asma, continuará con la cantinela de Don Quijote.)

CHE: "...el socorro de los huérfanos y pupilos..."

DON QUIJOTE: "...el castigo de los soberbios..."

CHE: "...y el premio de los humildes..."

DON QUIJOTE: ¿Cómo has hecho para aprenderlo, hijo?

CHE: Por lo que sé, el asma afecta a los pulmones, no a los oídos. Hace años que estamos juntos aquí, ¿no? Vamos, veamos si Rocinante relincha de nuevo.

DON QUIJOTE: ¡Claro que lo hará! El cielo no puede abandonarnos.

(El Che con dificultad y esfuerzo "patea" la moto. No arranca.)

DON QUIJOTE: (A "Rocinante") ¡No hubo ni habrá rocín que te supere! ¡Camina!

CHE: ¡Vamos, carajo, arrancá! (El Che insiste. Don Quijote golpea el “anca” de Rocinante pero nada sucede.)

CHE: Parece que el cielo nos abandonó, gallego.

DON QUIJOTE: ¡Carajo! No hay forma que arranque. Todo parece a punto pero no funciona.

(De pronto entra Ella. Se detiene. Trae un Rey negro del juego de ajedrez. Avanza hacia el tablero y lo deposita allí. Luego se queda en el lugar como invitándolos a reanudar la partida. Silencio. Don Quijote avanza hacia el tablero luego de vivir su conflicto interno entre aceptar o no la derrota.)

DON QUIJOTE: Donde una puerta se cierra, otra se abrirá después. No es lo mismo huir que retirarse. ¡Ya vendrán tiempos mejores!

(También el Che comienza a aproximarse, todavía castigado por el asma. De pronto, al pasar cerca de la ametralladora, el Che la toma y apunta hacia Ella, que ya estaba saliendo.)

CHE: ¡Vamos, rápido, sentate ahí!

(Ella, sin cambiar de expresión obedece. Don Quijote, sorprendido por la rapidez de la acción del Che, reacciona.)

DON QUIJOTE: ¿Qué haces con eso?

CHE: ¡No hay otra forma! Por las buenas no funciona. No se moverá de aquí hasta que nosotros nos vayamos. La cambiaremos por nuestro viaje.

(Ella no quita los ojos de encima de Don Quijote.)

DON QUIJOTE: ¿Estáis encantada, Señora?

CHE: Es obvio que te dirá que no. No caigás en la trampa.

DON QUIJOTE: (Que ahora no deja de mirarla.) Es sabido que tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal, más que el varón. Pero esta dama clama mi ayuda y un Caballero Andante no puede recusar el pedido de los débiles, de los indefensos...

CHE: ¡Pará, pará que nos está dividiendo!

DON QUIJOTE: (Saca su espada) No son esos modos de tratar a una mujer. ¡Déjala ir entonces!

CHE: Nada le va a pasar si nosotros podemos irnos de aquí. ¡No te olvidés que hay muchos más débiles que ella que nos pueden estar necesitando!

DON QUIJOTE: ¡No son formas, hombre! ¡Lárgala, que no se puede hacer el bien si se parte desde el mal!

CHE: ¡Ella representa lo que nos impide partir, gallego!

(Ella no deja de mirar a Don Quijote.)

DON QUIJOTE: ¡Déjala ir, te digo, que las heridas que se reciben en batallas antes dan honra que la quitan!

(Don Quijote amenaza con su espada.)

CHE: ¡No avancés, gallego! ¡No me obligués a responder! ¡Nos están separando! ¡No entendés?

DON QUIJOTE: ¡Déjala ir, he dicho!

(Don Quijote arremete, pero el Che, rápido, salta sobre Ella y la toma de atrás. Ella en ningún momento ofrece la menor resistencia. El Che la coloca como escudo para detener a Don Quijote.)

CHE: ¡Alto, alto! ¡Si querés protegerla quedate quieto y hacé lo que te digo!

DON QUIJOTE: ¡Traidor, bellaco! Aunque la traición se aplaque, al traidor se aborrece!

CHE: Vos sos el traidor ahora, gallego. Vamos, ¡sentate tranquilo por ahí y esperemos a ver qué pasa!

DON QUIJOTE: Si no tuvieras esa Dama entre tus manos pronto sentirías la potencia de mi brazo y de mi ánimo.

CHE: Puede ser. ¡Pero, ahora, hacé lo que te digo!

DON QUIJOTE: ¡Maldito!

(A regañadientes, Don Quijote se aleja un poco.)

CHE: Bien, así está mejor. Ahora esperemos. Algo tiene que suceder.

(Con tensión y atentos al mínimo ruido exterior, esperan. Ella permanece siempre sin ofrecer resistencia, como si ya supiera lo que va a pasar. Los segundos pasan. Nada sucede. De pronto, Don Quijote cambia de actitud como si se tratara de un actor que ha dejado de representar su papel.)

DON QUIJOTE: Nadie aparecerá, Che. No sé ya cuántas veces lo hemos intentado y siempre ocurre lo mismo. Nadie viene. Entonces no hay otra salida que soltarla, después nos "reconciliamos" y todo vuelve a comenzar: el juego de ajedrez, el rey de negra capa, las cartas que llegan, las estrategias para conseguir lo necesario para la fuga, Rocinante que no camina, tomarla como rehén... en fin, lo de siempre. Sólo ella y nosotros aquí, sin poder salir de este lugar. No insistas, lárgala. Yo viví loco, pero he muerto cuerdo, no lo olvides.

(El Che duda un poco. Aún espera. Poco a poco se convence de que nada cambiará. Sin otra alternativa, la suelta. Ella, con toda naturalidad, como si se tratara de algo que se repite desde siglos de la misma manera, lo desarma. Luego se dirige a la moto y la saca de escena.)

CHE: ¡Alguna forma tiene que existir! De algún modo tenemos que irnos de aquí!

DON QUIJOTE: ¡Ay amigo! ¿Cuántas veces hemos pensado en ello y cuántas veces lo hemos intentado? ¡Y nunca pudimos traspasar este cerco de oscuridad que nos rodea!

CHE: ¡Es necesario arriesgarse siempre!

DON QUIJOTE: Debes comprender que la valentía que no se funda en la prudencia, se llama temeridad y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena y circunstancial fortuna, que a su ánimo.

(Entra Ella y va sacando, en orden regresivo, los elementos que ha ido introduciendo anteriormente: los componentes del bálsamo, el mapa, el diario, etc. mientras se desarrolla el diálogo entre Don Quijote y el Che.)

CHE: ¡Vamos, gallego! ¿Más prudencia de que hemos tenido? ¡Cuánto hace que tratamos de encontrar una salida! Y todo se repite como la primera vez.

DON QUIJOTE: No te desespere, hijo. Es necesario aceptarlo: "Dondequiera que se encuentre la virtud en eminente grado es perseguida".

CHE: ¡Dejá de hablar con frases hechas, che!, que me parece que cada vez nos sirven menos.

DON QUIJOTE: Lo que digo es producto de mi entendimiento, no de mis canas, aunque es verdad que el mismo mejora con los años.

CHE: ¿Vos sabés por qué nos pusieron juntos acá?

DON QUIJOTE: Pues...

CHE: Déjame decírtelo: yo primero creía que era porque los dos soñábamos, cada uno a su manera, pero en definitiva, luchábamos por concretizar nuestros sueños. Luego pensé que no era ese el motivo, sino porque los dos somos testarudos, nada más. Ahora te confieso que ya no sé.

DON QUIJOTE. ¿Cómo es que no sabes?

CHE: Te han vencido, gallego.

(Ella termina de sacar lo que ha entrado anteriormente y desaparece entre las sombras dejando todo exactamente igual que al inicio. Don Quijote se acerca a la posición en donde comenzó la obra.)

DON QUIJOTE: Ya he muerto vencido, hijo, bajo mi verdadero nombre de Alonso Quijano, el Bueno, como un hidalgo más de las tierras de La Mancha, renegando de Don Quijote, de los libros de caballería y de lo que se consideraban mis locuras. Sólo que Don Quijote no es "uno más" y los Alonso Quijano, abundan.

Con ese peso he llegado aquí, a ser el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha, dicho el caballero de la Triste Figura, el desfacedor de entuertos y el símbolo de la utopía. Alonso Quijano, el Bueno, está sepultado en el olvido.

CHE: Es la utopía la que te salvó del olvido, gallego, no reniegues de ella, ni de los sueños de Don Quijote.

DON QUIJOTE: No reniego. Sólo que la utopía es un viento que no llega, una espera que no cesa, ángeles que no llueven.

CHE: Tal vez. Pero quizás no sea un imposible. Quizás sea el lugar en donde habitan todos los posibles.

DON QUIJOTE: Eso he creído y he sentido siempre. Y por eso he luchado, y hemos luchado juntos, para salir de aquí. Pero ya ves. Todo se repite hasta el infinito, igual. Aquí siempre seremos: tú, el eterno hidalgo Don Quijote de la Mancha y sus locuras, los que arremetemos contra esa oscuridad que nos circunda y que no sabemos adónde ni cuando finaliza.

CHE: Pero de todas maneras seguís siendo Don Quijote de La Mancha, esa es tu condena o tu salvación, y como tal estás aquí, ¿no?

DON QUIJOTE: Tal vez. Unos fueron y ya no son. Otros son y no fueron.

(El Che queda pensando. Repitiendo la frase que acaba de decir Don Quijote, se va acercando a la posición en donde el personaje ha comenzado la obra.)

CHE: "Unos fueron y ya no son. Otros son y no fueron."

(El Che llega a ese lugar. Los dos se quedan mirando hacia fuera como al comienzo. Entra Ella, con los mismos movimientos que al inicio y, con precisión, ordena las piezas del tablero de ajedrez de manera tal que las blancas queden del lado del Che. Luego se va. Don Quijote y el Che se miran. Después Don Quijote, como antes, comienza a caminar, con aire resignado, hacia el tablero, pero el Che, ahora, lo detiene.)

CHE: "Unos fueron y ya no son. Otros son y no fueron". ¿Te das cuenta?

DON QUIJOTE: ¿De qué? (Avanza a repetir lo conocido.)

CHE: ¡Esperá! ¿Y si dejáramos por un momento el peso de lo que fuimos?

DON QUIJOTE: ¿Cómo?

CHE: ¿Si nos animáramos a escapar de otra forma?

DON QUIJOTE: ¿De qué forma, hijo?

CHE: ¡Intentemos escapar de nuestros propios mitos! ¡Así tal vez podamos romper el círculo!

DON QUIJOTE: ¿Qué locuras estás diciendo, amigo? Yo no puedo ser otro que Don Quijote.

CHE: Digo... digo que si sin renunciar a nuestros principios, nos animáramos a ser otros, tal vez podamos...

DON QUIJOTE: ¡Soy uno, hijo! No puedo dividirme.

CHE: No se trata de dividirse. Tal vez se trate de ser más consecuente con uno mismo que nunca. ¡Haceme caso, acompañame en esta aventura!

DON QUIJOTE: ¿Qué aventura?

CHE: La de dar batalla de una manera diferente de la que conocemos.

¡Seamos realistas, exijamos lo imposible! ¡Probemos, dale, acompañame!

¡Ahora, juguemos!

(Ambos se colocan frente al tablero de ajedrez.)

CHE: ¿Las blancas o las negras?

DON QUIJOTE: Pues... yo siempre jugué con...

CHE: ¿Las negras? Bien, de acuerdo.

(El Che cambia de posición el tablero. Comienzan a jugar. Ahora es el Che quien abre la partida. Don Quijote responde. El Che se saca la boina y la deja en el suelo. Don Quijote, con dudas, se saca el yelmo y también lo deja de lado. Entra Ella con el mate.)

CHE: ¡No la mirés!

(Ella se aproxima y ofrece el mate. Espera que el Che, como siempre, se lo reciba. Este, ahora, no lo hace. Ella duda un poco, luego lo deja en el suelo y sale. Inmediatamente el Che se saca un botín. Don Quijote lo imita sacándose una bota.)

DON QUIJOTE: ¡Es tu turno!

CHE: No es para asustarse tu jugada.

(Don Quijote, de pronto se levanta y estira la mano para recibir la espada, como al comienzo. Entra Ella con la espada. El Che mira fijamente a Don Quijote. Éste duda y luego se sienta sin haberla tomado. Ella deja caer la espada y sale. El Che se saca el otro botín. Don Quijote “come” una pieza.)

DON QUIJOTE: ¡Ja, ja, ja! ¡Se volatilizó!

CHE: (Juega) ¡Jaque mate!

(Hace caer al rey negro. Entra Ella con la pieza de repuesto. El Che no la mira, como antes. Ella deja caer al rey negro de repuesto y sale. Don Quijote se saca la otra bota y se levanta.)

DON QUIJOTE: ¡No puede ser!

(Entra Ella con más prisa con la carta entre las manos. La deja y sale. El Che toma el sobre.)

CHE: ¡Qué raro! Los remitentes son desconocidos. (Se desabrocha la chaqueta.)

DON QUIJOTE: (Mientras se saca el “petto” de la armadura.) Y los destinatarios también.

CHE: Extraño, ¿no?

DON QUIJOTE: Sí, raro, raro.

(Entra Ella con el habano y los fósforos. Se los extiende al Che. Éste no los recibe. Continúa con la carta entre las manos. Ella deja caer los elementos y sale.)

CHE: Debe haber una confusión aquí. (Se saca la chaqueta.)

DON QUIJOTE: Evidentemente se trata de una equivocación.

(Vuelve Ella. Mira desconcertada para todos lados y sale. Inmediatamente se escuchan ruidos de aviones y helicópteros. Vuelve Ella con la caja de municiones, la mochila-botiquín, la ametralladora, el escudo y la lanza. Sale. Disparos. Don Quijote y el Che quedan inmóviles mientras la tempestad de tiros pasa.)

DON QUIJOTE: (Mirando al cielo.) Nada se mueve, ¿no? Todo está tranquilo.

(Entra Ella con el bidón de combustible. Lo deja y sale.)

CHE: Tranquilo, tranquilo. No pasa nada.

DON QUIJOTE: ¡Qué lástima!

(Entra Ella con los cueros de vino. Sus entradas y salidas se hacen "in crescendo" como si fuese un mecanismo de relojería que se ha descompuesto y enloquecido. Don Quijote le saca los cueros de vino de las manos.)

DON QUIJOTE: ¿Qué tal si nos tomamos un buen vino juntos?

(Ella, desconcertada, sale.)

DON QUIJOTE: (Por lo bajo.) No te engañes, hijo, esto, en realidad, es la cabeza de un gigante.

(El Che recibe los cueros y toma vino. Entra Ella con la botella y dos copas pero como ya no tienen sentido, caen de sus manos y se destrozan en el piso. Ella sale.)

CHE: (Saboreando el vino.) Mmm... ¡Buenísimo!

(Entra Ella con el cuaderno y la lapicera. El Che bebe cuando Ella se lo ofrece. Ella rompe el cuaderno y sale.)

DON QUIJOTE: (Con cierta aprehensión porque él cree que es la cabeza del gigante y su sangre.) ¿Te gusta?

(El Che se saca el pantalón y lo arroja hacia atrás.)

CHE: ¡Nunca tomé nada mejor!

(Entra Ella con la inyección y las ampollas.)

DON QUIJOTE: ¡Gustos son gustos!

(Ella deja caer la inyección sobre el pantalón del Che y sale. Don Quijote se saca la camisa.)

DON QUIJOTE: ¡Pues... cuidado con el "vino". ¡Recuérdalo!

(Entra Ella con el mapa, lo deja y sale.)

DON QUIJOTE: ¿Quieres? (A medias entre el mapa y el vino.)

CHE: No. Es suficiente.

(Entra Ella con la moto. Mecánicamente la deja y sale. Los dos se miran y corren hacia la moto. El Che carga el combustible.)

DON QUIJOTE: (Mientras se saca las calzas. Su magra figura se destaca con el enterizo interior en el que ha quedado.) ¡Nunca he visto ni he leído que un Caballero Andante deba mostrar sus ocultas partes para participar de una aventura.)

(El Che "patea" la moto y, ahora, ésta arranca. Gritos de júbilo.)

CHE: ¡Bien, carajo! ¡Alguna forma tenía que haber!

DON QUIJOTE: ¡A cabalgar se ha dicho!

CHE: ¡Vamos, gallego, vamos!

DON QUIJOTE: (Vuelve a buscar sus armas.) Las armas...

CHE: Ya no nos sirven, gallego. Ahora será cuestión de encontrar otras nuevas.

¡Vamos!

DON QUIJOTE: ¡Pero...! ¿Así?

(Se refiere a la ropa interior en que, ambos, han quedado.)

CHE: ¡Sí, claro! ¿De qué otra forma se podría improvisar?

(Don Quijote salta sobre la moto, atrás. Entra Ella. Se detiene impotente y los mira.)

CHE: ¿Ladran, gallego?

DON QUIJOTE: Sí, Che. Ladran, ladran.

(El Che acelera la moto. Don Quijote espolea a su "Rocinante". El rumor de la moto crece. Se escucha un relincho. Los sonidos suben a medida que la moto se aleja. Ella, que ha entrado con los elementos del bálsamo de Fierabrás entre sus manos, los deja caer. Con ese golpe, las luces desaparecen y al oscuro se sienten los gritos de alegría que se van perdiendo, a lo lejos, a lo lejos.)

FINAL.

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires. 2012

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar